

Angel M.^a de Lera

LA BODA



La boda relata los sucesos acaecidos antes, durante y después de la boda de un rico y maduro indiano con una joven de una aldea de la España profunda. La obra está ambientada en los difíciles años de la posguerra civil española.

*Para María Luisa, mi mujer, porque ella alumbró
en mí la esperanza.*

PRELUDIO

I

ERA un hombre alto, de anchas espaldas. Vestía chaquetón de pana y pantalones de montar. Se detuvo junto al arranque del bosque de pinos, que trepaba por el talud hasta perderse en la sombra centelleante del fondo, y pisó concienzudamente la punta del cigarrillo que acababa de tirar al suelo. Ante sus ojos se abrían zigzagueantes sendas entre los árboles, formadas por los chorreos del monte en los días de lluvia y de deshielo. Eran como arrugas de una faz añosa, cauces de un lagrimear antiguo y sin remedio. En aquel punto la arboleda era rala y los pequeños pinos, inclinados sobre la cuesta, parecían un tropel de chiquillos asustados que huyeran hacia el oscuro y carnoso seno maternal del bosque.

El hombre golpeó después con la punta de la bota un grueso tronco abatido por el viento, y se sentó en él. El hombre tenía unos penetrantes ojos grises, rodeados de signos de astucia y de energía. Su boca era fina y fuerte el mentón. Se pasó la mano por la barba y dejó resbalar sus ojos por el caserío del pueblo que se tendía por la ladera. Eran casas pequeñas, de piedra sin labrar o de mampostería descarnada. Llegaban, sin orden ni concierto, hasta la planicie. Allí se erguía la fábrica de la pequeña iglesia, cuya espadaña tenía un solo ojo abierto para un único esquilón, y a cuyo amparo se había formado una plazoleta con un solo árbol, un frondoso nogal, en el centro. El pueblecito, sin ecos ni humos de chimenea, parecía desierto. El crepúsculo vespertino bajaba del monte a toda prisa, arrastrado por un vientecillo sutil que se deslizaba, como un escalofrío, entre las hojas de los árboles.

El hombre no aparentaba estar enredado en pensamiento alguno. Parecía, más bien, observar indiferentemente el paso del tiempo, sumido en la contemplación perezosa de un panorama familiar exento de sorpresa e interés. Así estuvo todo el tiempo mientras en los confines se iba formando un círculo de rumores que se ceñían más y más en torno al caserío. Brotó un tintinear de esquilas de ganado; sonaron voces sueltas, ecos de canciones, risas de mujer y alguna que otra interjección varonil: toda la vida dispersa por el campo que volvía a concentrarse en el pueblo. Y algunas chimeneas empezaron a humear, y el esquilón de la iglesia estremeció el aire con un llanto triste, casi un balido.

El hombre sacó la petaca y lió parsimoniosamente un cigarrillo, volviéndose contra el viento. Luego, lo encendió, pero apenas hubo saboreado un par de bocanadas de humo, cuando algo llamó poderosamente su atención, hasta entonces desparramada y vagabunda, hacia la pinada. El ruido era leve, pero suficiente para avisar la llegada de una persona. Un carraspeo varonil, algo cascado ya, y, luego, la aparición de una alta figura parda, tocada con un ancho sombrero, bastaron para que el hombre del pantalón de montar se pusiera rápidamente en pie. No obstante, esperó en silencio, dejando caer el cigarrillo y amusgados los ojos, hasta que el otro llegó a su misma altura. El que llegaba era un hombre sarmentoso, ya entrado en años, con un flequillo canoso pegado a la frente. Fue el primero en saludar:

—¡Buenas tardes, señor Luciano!

—¡Buenas tardes! —respondió el del pantalón de montar, y añadió—: Le estaba esperando, señor Tomás.

El recién llegado hizo un gesto de asombro, y en sus pupilas brilló la astucia maliciosa de un gato montés.

—¿No le parece ya muy tarde para platicar aquí? Sería mejor en mi casa delante de dos vasos.

Luciano se encogió de hombros.

—Hay cosas que se hablan mejor al aire libre. Además, es tan sólo lo que dure un cigarro.

Había sacado la petaca entre tanto y se la tendió al señor Tomás.

—Todavía podemos vernos las caras, ¿no? —dijo después.

El viejo le miró escrutadoramente y Luciano le sostuvo la mirada sin pestañear. Luego, ambos bajaron los ojos a los cigarrillos que estaban liando.

—Mejor sentados —dijo seguidamente Luciano al tiempo de ensalivar el papel.

El señor Tomás asintió con la cabeza y se sentó en el tronco que le señalaba Luciano. Éste se sentó también. Quedaban paralelos sus perfiles. Y los dos miraban de frente hacia la planicie, donde se destacaba el pequeño apeadero del ferrocarril, y dieron unas chupadas a sus cigarrillos en silencio, como si nada tuvieran que decirse. Ya las chimeneas se habían animado y desde todos los puntos afluían hombres y bestias. El campanileo de las ovejas y de las cabras se hizo más notorio. El bosque de pinos se había ennegrecido totalmente y las sombras se apelmazaban en el aire.

Al fin, ya mediados los cigarrillos, dijo Luciano de pronto:

—Buena otoñada, ¿eh?

—¡Psché! —exclamó quedamente el señor Tomás al tiempo que se encogía de hombros—. Nunca se sabe...

—Eso es verdad.

—El año pasado nadie lo esperaba y fue buena. También el verano vino bien. Nunca se sabe...

No se miraban y parecía que hablasen a algún fantasma que anduviera por delante de ellos.

—Quiero quedarme en el pueblo —dijo después Luciano.

El señor Tomás ladeó la cabeza para mirarle de soslayo.

—Eso está bien, señor Luciano. La vida aquí no es mala. Claro que allá puede que fuese mejor.

—No volveré más allá. Quiero quedarme aquí.

—Y digo que está bien. La familia tira, ya lo creo.

Luciano se había vuelto también hacia su interlocutor, buscándole los ojos. El señor Tomás los entornó cucamente.

—Tirar sí que tira, pero es que uno quiere también pararse de una vez... —y Luciano dejó caer suavemente el puño cerrado sobre una rodilla—. Estoy harto de andar de un lado para otro y de buscar...

—Claro, dineros ya tiene. Puede tener tierras aquí, y ganados. Los dineros en el Banco se van y no se ven. La tierra siempre está y se toca —y el viejo dejó aflorar una leve sonrisa de dientes negros y desemparejados.

Luciano asintió con un movimiento de cabeza. El señor Tomás prosiguió:

—Pero, a lo mejor, los sobrinos, los hijos de don José pueden tener otras miras el día de mañana. Puede que no les gusten las tierras, ni los ganados y quieran volar a la capital para hacerse maestros también, o médicos...

Luciano se encogió de hombros.

—No es por ahí, señor Tomás —dijo.

El señor Tomás puso cara de asombro y luego volvió a mirar otra vez hacia adelante. Los dos cigarrillos se habían apagado y el viejo echó mano al chisquero de yesca. Mientras golpeaba el hierro contra el pedernal oyó que Luciano decía sin jactancia:

—Dineros me sobran para comprar todo el pueblo...

Al señor Tomás le fulgieron los ojos con el chisporroteo de la yesca. Encendió su cigarrillo y, después, ofreció lumbré a Luciano, pero éste había tirado al suelo el suyo apagado, y rehusó.

—El señor Vicente, Pelocabra, creo que anda mal y quiere vender. Si usted le aprieta un poco... Es que desde que se marchó a la capital el Isabelo...

Luciano meneó la cabeza.

—Ya le he prestado algo.

—Entonces ya lo tiene en la mano.

—No. Se lo presté sin interés. No me gusta ahogar a la gente... —y, tras una pausa, preguntó—: ¿No fue Isabelo novio de su Iluminada?

El viejo tardó unos segundos en contestar.

—Sí —dijo luego apretando los dientes.

—Regañaron, ¿no?

El viejo le miró de frente.

—Se enveció allá con cualquiera sabe qué zorra.

Luciano habló entonces serenamente.

—Bueno. A mí me gusta su Iluminada.

El señor Tomás cerró aún más los ojos y, luego de chupetear la punta medio deshecha del cigarrillo, exclamó:

—Ni me lo barruntaba siquiera...

Se desparramaban las lumbres del cigarrillo. Lo tiró.

—Ni me lo barruntaba siquiera —repitió mirando al frente donde ya el aire perdía transparencia, velado por sombras grises que se extendían como telarañas temblorosas.

—Pues puede que tampoco Iluminada —murmuró Luciano—. Como nunca he logrado tropezarme con ella...

—Es que mi Ilu no sale de casa más que los domingos a misa primera...

Hubo un corto silencio. El señor Tomás dijo luego, como hablando consigo mismo:

—Así era antes. Ahora son los padres los últimos en enterarse.

—Es que a mí me gusta tratar los negocios con los hombres primero.

Se miraron los dos hombres; el señor Tomás, ocultándose tras la maraña de sus peludas cejas; Luciano, acerando aún más la punzada de sus ojos grises. Las sombras pasaban entre ellos...

—Pero mi hija es pobre en comparación —dijo el señor Tomás lentamente.

—Yo no he contado sus dineros, señor Tomás —repuso Luciano con voz cortante.

—Pobre, se lo digo yo —y se miraba las rodilleras de sus pantalones de pana—. Aquí todos somos pobres, quien más quien menos.

—Yo no he venido a buscar fortuna aquí.

El señor Tomás se sobaba las rodilleras de sus pantalones de pana y dijo:

—Pero hay que hablar de todo. Es lo derecho, me pienso yo. Cuando yo hablé con el que iba a ser mi suegro, le dije: «Tengo treinta ovejas». Él me dijo: «Mi hija llevará veinte. ¿Estamos conformes?». Regateamos y le dio diez ovejas más a su Venancia. Así juntamos sesenta ovejas para casarnos. La casa me la tuvo que dar mi madre porque padre no tenía ya. Por eso hablé con mi suegro. De haber tenido padre, lo hubieran apañado todo los viejos. Por eso le digo...

—Yo tampoco tengo padre —y Luciano sonrió.

—Por eso mismo —añadió el viejo monótonamente.

Nuevo silencio. Hacía rato que había enmudecido el esquilon de la iglesia. Un viento, crecido, arrastraba nubes cada vez más gruesas. Las últimas luces, antes de desaparecer, habían prendido algunas estrellas pálidas en el cielo.

—Usted es viudo, ¿no?

—Sí —fue la respuesta de Luciano.

—Malo, malo...

Luciano no replicó.

—Me pienso, pues, que el poco ganado que tengo debe ser para el hijo, que es el que lo entiende —volvió a decir el viejo.

—Bueno.

—Edad también tiene el doble que ella.

—Hombre, no tanto.

—Por ahí le andará.

—Casi, casi...

—Más mérito para mi muchacha.

—Más.

El viejo suspiró.

—También me pienso que la casa —dijo— tiene que ser para el varón, que es el que me puede dar nietos. La Iluminada es joven y sana, pero puede que usted ya, con tanto andado... —y el señor Tomás dejó escapar una risita cascada. Luego puso una mano en el hombro de su interlocutor y dijo—: Los hombres que corren por esos mundos ya se sabe... No lo tomará a mal, ¿eh?

Luciano callaba. El viejo añadió:

—Con la otra tampoco tuvo hijos, ¿verdad?

—Tampoco.

—¡Velay!

Luciano se removió impaciente y preguntó:

—¿Qué más hay que hablar?

—Aún queda —contestó el señor Tomás, repentinamente serio otra vez—. Hay que tener en cuenta que es usted forastero. Es una mala condición para casarse con una muchacha de aquí. Bueno, mala condición para el forastero, no: mala para los del pueblo, que se pierden un buen poco... Siendo usted forastero, ya tiene bastante con la parte de la renta de los pinos del pueblo que le toca a mi Iluminada. No sale usted mal, no. Hay años que...

—Por mi parte, renuncio —dijo secamente Luciano.

—No, eso sí que no. Usted puede renunciar a lo suyo, pero no a lo que le pertenece a ella de por vida, por haber nacido en este pueblo. Nadie sabe lo que puede pasar, hermano. Ahora, hay que tener en cuenta a los del pueblo. Les va a sentar mal este casorio. ¡Como una coz les va a sentar!

—Yo les compensaré de alguna manera.

—¡Quiá!

—¡De verdad!

—¡Que no!

Se habían acalorado. El enardecimiento hizo olvidar al viejo su habitual postura de cazador.

—Algún mozo tendrá los ojos puestos en mi Iluminada. ¿Y qué le va a dar usted a ese? Nada. Pues él no le perdonará. Puede que se forme la gorda por eso. ¿Viudo y forastero? ¡Malo!

Luciano frunció las cejas y apretó los labios. Su perfil se hizo duro y agresivo.

—Eso ya es cuenta mía —dijo mordiendo las palabras—. Soy duro de pelar, me parece.

—Si se sabe... Allá mató usted muchos negros, dicen —y el viejo se encogió de hombros.

—Aquí siempre dicen... Lo sé. Pues mejor es que digan. Pero la verdad es que en África no eran los negros los peores. Los peores eran los blancos...

—Eso usted lo sabrá. Yo no entiendo de retórica. Digo lo que dicen, señor Luciano. Y, claro, como aquí las bodas son siempre sonadas, me barrunto que la de usted con mi Iluminada, si ella consiente, va a ser de órdago. En la última, la del Pote, los mozos sacaron al novio de la cama y lo tuvieron un día entero encerrado en una paridera. Y eso que no había nada de particular... Bueno, ya estaba usted aquí. Así que usted dirá...

Sintieron unos pasos entre la maleza y ambos volvieron los ojos en aquella dirección. En efecto, contra la masa oscura de los árboles se destacó una figura humana. La claridad del calvero apenas le perfilaba ya. Era un bulto gris con manchas de móviles sombras, que se acercaba a ellos pausadamente. Cuando la proximidad permitió entreverle el rostro bajo el ala de la boina caída sobre la frente, se oyó su voz, recia y áspera:

—¡Buenas!

—¡Con Dios! —contestó el señor Tomás.

El hombre estaba ya de espaldas, bajando la pendiente que llevaba al pueblo. Y desapareció en seguida, como tra-

gado por la tierra, entre un leve rumor de pedrezuelas y chasquidos de pana.

—Este Margarito... —murmuró el señor Tomás cuando se hubo apagado totalmente el rumor de los pasos de aquél—. Anda siempre solo por el monte, como un lobo... No hace caso de las ovejas de su padre ni de nada. No vale más que para las cortas del pino. Su hacha es la mejor, eso sí. Pero que no le hablen de otra cosa. Desde que el Isabelo se marchó, su padre no ha podido hacer carrera de éste. Por eso Pelocabra está cada vez más seco y su hacienda, más esmirriada. Ha tenido mala suerte con sus hijos. Les puso nombre de mujer porque él quería hembras, que aquí dan más por lo de los pinos. ¡Todo le ha salido mal al pobre!

Calló el viejo. Sobre el caserío se arremolinaban ya las sombras de la noche otoñal. Entre la masa oscura de las casas brillaba tenuemente alguna que otra luz.

—Ya han dado la corriente —dijo de pronto el señor Tomás—. Y aún nos queda...

—¿El qué? —preguntó Luciano.

Ya no se veían los ojos. Sólo distinguían el brillo de las pupilas y la claridad ahumada de los rostros y de las manos, éstas posadas de continuo sobre los muslos o sobre las rodillas.

—La cuestión de la casa también tiene su porqué —contestó el señor Tomás—. Porque usted no tiene casa.

—La mandaré hacer aquí mismo, donde estamos.

—En los altos del pueblo... Ya.

—Eso.

—Bien —el viejo se pasó el dorso de una mano sobre los labios—. Con dineros todo se puede.

—¿Qué más?

El viejo se volvió hacia Luciano. Le miró fijamente durante unos segundos y, luego, dijo:

—Te voy a llamar de tú ya. Vas para yerno y, además, te llevo más de veinte años, ¡qué no!

—Como quiera.

—Pues mira: quiero un seguro para mi hija. A lo mejor no tenéis hijos y entonces todo sería para los sobrinos. Y no estaría nada bien. Quiero un seguro para mi Iluminada. ¿Qué pones?

Luciano le sostuvo la mirada sin pestañear. El señor Tomás sonreía aún con una sonrisa negra y ovalada.

—Lo que ella quiera —contestó seriamente Luciano.

—Hombre, ella no sabe.

—Pues lo que usted diga.

El señor Tomás le dio entonces unos golpecitos en el hombro mientras Luciano permanecía rígido.

—Pues, hombre, la casa, algunas tierras, dineros en el Banco...

—¿Cuánto en el Banco?

El señor Tomás se pasó la lengua por los labios. Carraspeó y, después, dijo, tartamudeando:

—Cuarenta mil duros —y oyó, contenido el aliento, que le contestaba Luciano:

—Vale.

Entonces el viejo quiso reír y repitió sus golpecitos en el hombro a Luciano.

—Vale, vale —repitió—. Será una boda por todo lo alto, ¿eh? Como no ha habido otra en el pueblo, ¿eh? Y la Ilu no sabe nada, ¿eh?

—Nada. Ya se lo he dicho antes —respondió secamente Luciano, que aparecía impasible.

El señor Tomás cerró la boca y apoyó las manos en las rodillas. Al ponerse en pie, gruñó:

—Me apuesto a que llueve dentro de nada. Me ha empezado a doler la reuma...

Luciano se levantó también, exhalando un suspiro de alivio.

—Puede que tengamos una buena otoñada, sí —volvió a decir el señor Tomás.

Se oyó un pitido penetrante, que desgarraba el silencio como una flecha, y ambos dirigieron la mirada al apeadero del ferrocarril. Llegaba un tren, con muchos ojos iluminados junto a la cabeza y con una larga cola oscura, que se detuvo.

—El mixto —murmuró el viejo sacando su reloj. Y añadió después—: Hoy ha llegado a su tiempo.

Echaron a andar en silencio bajo el dosel aterciopelado de la noche. Crujían los guijarros bajo las pisadas de los dos hombres. Olía a bosque lujurioso y empezaron a oírse diálogos caninos por todos los ámbitos del pueblo.

—Vente a casa después de la cena —dijo el señor Tomás.

Y se separaron en seguida sin una sola palabra más.

* * *

Iluminada, de pie junto a la mesa de pino, echó las cucharas dentro de la fuente de barro. Venancio se levantó. Entonces el señor Tomás dijo:

—El Negro me ha hablado esta tarde de la Ilu. Se ha portado bien —volvióse para mirar fijamente a su hija, que se había quedado suspensa y le interrogaba con los ojos, y añadió—: Falta que tú consientas. A mí me parece un hombre cabal.

Venancio preguntó:

—¿El señor Luciano?

La vieja, que estaba hurgando en la alacena, se volvió para mirar a su marido. Su gesto, alargando la mandíbula y arrugando los párpados, era como el de quien no oye bien. La puerta de la alacena se cerró entonces sola, produciendo un leve ruido.

Iluminada seguía quieta, con la fuente de barro en la mano. Abrió mucho los ojos y luego los bajó, clavándolos en el fondo de la fuente donde aún relucían los restos grasientos del guiso.